

QUE POR ENCARGO DEL

PODER EJECUTIVO,

PRONUNCIÓ EL DOCTOR



EN EL SALON DE RECEPCIONES

DEL PALACIO NACIONAL DE GUATEMALA,

El día 15 de Setiembre de 1887

EN CONMEMORACION

—DEL—

Aniversario LXVI de nuestra Independencia.



GUATEMALA

Tipografía de Pedro Arenales; Novena Calle Poniente número 20.



QUE POR ENCARGO DEL

PODER EJECUTIVO,

PRONUNCIÓ EL DOCTOR



EN EL SALON DE RECEPCIONES

DEL PALACIO NACIONAL DE GUATEMALA,

El día 15 de Setiembre de 1887

EN CONMEMORACION

—DEL—

Aniversario LXVI de nuestra Independencia.



GUATEMALA

Tipografía de Pedro Arenales; Novena Calle Poniente número 20.

SEÑOR PRESIDENTE:

Señores Ministros:

Señores:



O hace muchos años que el obligado tema de los discursos, pronunciados en este día, era hacer el juicio sobre la revolución que nuestros mayores realizaron para efectuar la Independencia de las colonias americanas de la antigua Metrópoli.

Se hacía entónces la apoteósis de los héroes, ya legendarios hoy, que nos libertaron del yugo español.

Como holocausto debido á sus grandes virtudes, se tributaban las flores de la elocuencia á la memoria de los hombres inmortales que verificaron las prodigiosas hazañas de "San Mateo," "Las Queseras," "Ayacucho" y "Junín" y juz-

gando sumariamente la dominación española en América, los más de los discursos terminaban por invocaciones patrióticas, por solemnes promesas y juramentos sobre los Altares de la Patria, de no consentir jamás el yugo de una nación extraña, y de formar en el corazón un santuario en donde rendir culto á los semidioses que llevaron á cabo la sublime epopeya que la Historia conoce con el nombre de Guerra por la Independencia de América.

Los que nacimos por ese tiempo aprendimos mas bien á sentir que pensar sobre ese grande acontecimiento.

Si todos los pueblos han tenido su edad heróica, nosotros debemos referir la nuestra al período de 1810 á 1821.

Bolívar, Ricaurte, San Martín, Sucre y Páez, las figuras que dominan sobre la multitud de ese brillante cuadro, representan ideas y caractéres tan de nuestra época, al mismo tiempo que tan sublimes, que puede encontrárseles semejantes en las tradiciones heróicas de los pueblos, pero no superiores, ya sea que los héroes cantados hayan existido realmente ó que sean producto de la imaginación del poeta.

Para completar nuestra ilusión no nos han faltado rapsodas que cantando las grandiosas hazañas, han contribuido á que nuestra infancia se haya deslizado en una completa embriaguéz por la gloria de nuestros héroes.

Ved señores, el admirable despertar de la razón después de la Independencia.

En 50 años los pueblos de América han creado su literatura y producido más líricos que ningún pueblo del mundo.

Trescientos años vivió la América bajo un tutelaje extranjero, sin que nos quede de ese largo período sino muy pocos cantos, que sean dignos de figurar en nuestros anales literarios.

Pero vino la revolución, vino la Independencia, y del seno de esta tierra maravillosa se levantaron, como bandadas de aves canoras, los poetas con cuyos dulces arrullos y con cuyos cantos de triunfo y gloria, hemos saludado en nuestra infancia á los Padres de la Patria.

Creo que ya es tiempo de que pasemos de esa edad de entusiasmo en que hemos vivido, á la edad de la razón y del examen.

El agradecimiento de los pueblos ha consagrado estátuas á nuestros grandes hombres, quienes sobre sus pedestales marmóreos se levantan como faros luminosos que nos guían en la oscura noche de nuestras incertidumbres, sirviéndonos de ejemplo en las horas supremas en que se necesita de nuestros esfuerzos y de nuestro patriotismo.

Cantemos á los héroes de la América, que son nuestros héroes, pe-

ro reflexionemos sobre su obra y mas que todo, hagámonos dignos de ellos, llevando á cabo en la sociedad los que ellos solo iniciaron en el campo de batalla.

Acallemos una vez por todas nuestros resentimientos, ya que el tiempo ha restañado todas nuestras heridas. Y al hablar de la Independencia consagremos un recuerdo filial á nuestra antigua Metrópoli.

Ella también, nuestra Madre Patria, tiene su amarga historia.

Cuantas veces ¡ay! desde el borde de nuestras lejanas playas, americanos y españoles nos hemos tendido las manos desesperados y ansiosos para contarnos nuestras cuitas y consultarnos el remedio de nuestro mal!

Dicho esto en calidad de exordio, que espero me servirá de disculpa por no tratar especialmente del grande acto que hoy conmemoramos, os suplico, Señores, me permitais externar mis ideas sobre la revolución americana que creo es el complemento de la Independencia.

En 1821, año en que Centro-América proclamó la suya, habían corrido 10 desde que las Repúblicas del Sur iniciaron su lucha contra España.

Los ejércitos del rey estaban vencidos y fuera de combate, pero en el seno mismo de la sociedad se libraba otro más portentoso que el de los campos de batalla.

Los patriotas habían descendido de sus trotones de guerra, y dejando descansar á sus gloriosas armas, se hallaban entregados á una de las más árduas tareas que pueden emprenderse en los pueblos.

Derrotados los ejércitos, se necesitaba vencer á la sociedad vieja y formar una nueva; se necesitaba enfrentarse con las antiguas instituciones que eran las inspiradoras de la vida y acciones de estos pueblos; se necesitaba en fin, destruir para siempre los resabios de la civilización de la edad media, que en América se conservó más largo tiempo que en Europa, merced al régimen colonial.

Rudo y de inmensas proporciones era el trabajo, y mucho más para hombres inexpertos en las tareas administrativas.

Una generación nueva, por cierto la más pura y simpática que se haya conocido en América, apareció entónces como por encanto y se apoderó de esa santa causa.

Componían aquella generación los criollos que inspirándose en las doctrinas del "Contrato Social" y de los "Derechos del Hombre," soñaban para su patria la organización de una república bajo modelo de las ciudades griegas ó romanas de la antigüedad.

Quien haya leído á Humboldt, comprenderá de todo lo que era capáz esa juventud, ansiosa de luz y libertad, entusiasta por las ideas francesas y deseosa de sacudir el oneroso yugo que pesaba sobre su patria.

Quebrantado merced á grandes victorias, el derecho divino de los reyes, que sirvió de base al sistema español en América, nuevas ideas se despertaban en todas las esferas sociales.

Al lado de esa juventud nunca bastante admirada, figuraban los españolistas, que renegando del nombre de Bonaparte cuyo hermano ocupaba el trono de Carlos V., deseaban la independencia de las colonias, no para darles vida propia, sino para librarlas del contagio de las ideas revolucionarias, que los ejércitos franceses regaban por el mundo, según ellos, como semilla de maldición.

Cuando se estudia la fisonomía política de los hombres que figuraron en aquella época, desde luego se descubre que los dos bandos que vengo describiendo no tienen semejanza ni otro punto de contacto que el afán de cortar el vínculo que los unía á la Madre Patria.

Roto éste, las ideas los empujaban á los polos más opuestos.

Querían los unos ataviar á la patria de sus ensueños con las galas de la revolución; los otros no aspiraban sino á dejarle los andrajos con que la había vestido la teocracia. Querían los jóvenes que esta diosa que se llama América, en cuyo seno naturaleza ha depositado sus más preciosos dones, adornara su inmaculada frente con el gorro frigio, símbolo de la libertad; deseaban los otros que la patria siguiera siendo la matrona recojida y devota que si no ha sido esterilizada por la teocracia, al menos no enjendra sino séres para el misticismo y la oración.

En una palabra, aspiraban los hombres de orden á conservar en esta tierra, el gobierno monárquico con todo su cortejo de iniquidades; y los otros á establecer la República, ese sueño de los filósofos, tan lleno de promesas y de misteriosos encantos.

Por efecto natural de la propia inexperiencia, faltaba á unos y otros, sinó el plan concebido, al menos los medios de llevar á cabo y hacer efectivos sus deseos.

La autoridad que en esa hora suprema, necesitaba ser más fuerte y más segura, pasaba de unas á otras manos en perpetuas fluctuaciones.

Apartados nosotros de esa gloriosa época por más de medio siglo, apenas podemos comprender las fatigas, las ánsias, los temores y esperanzas, que hervían en el corazón de los padres de la patria americana, para salvar su obra de manos de sus enemigos.

Afuera de los amagos de la reconquista y de los riesgos corridos de que una nueva raza de reyes se adueñase de la suerte de América, contemplad Señores esa agitación, ese deseo definido y no alcanzado de darse una organización que relizara los deseos de los patriotas.

Venezuela se proclamó República unitaria, México, República federal, el Paraguay se organizó en una Dictadura ó Consulado á la romana. En Chile, la autoridad pasa de manos de una Junta Suprema á un Congreso, en que sus miembros creyéndose todos soberanos, no hacen sino complicar la anarquía. Centro América, después de ser gobernada por una Junta Provisional, acepta el sistema de Triunviros. Proclaman unas Repúblicas, á sus jefes como Dictadores, otras con el nombre modesto de Directores les invisten de los poderes más amplios; y hasta hay grupos que fascinados por la gloria de un gran hombre, sueñan el establecer una monarquía disfrazada con el nombre de monocracia.

¿Ha sido inútil tanto ensayo? ¿Merecen los pueblos de América el dictado de ingobernables con que las viejas monarquías los han calificado? Yo no lo creo. Todas esas agitaciones y fatigas, además del caudal de experiencia que han producido, tiene un significado mayor, que por propia conveniencia debieran conocer todos los pueblos del mundo.

Significa que la República se ha cimentado entre nosotros sobre bases inconmovibles, significa que tiene fuerza y prestigios bastantes en el corazón de nuestros pueblos, puesto que ha salido victoriosa y triunfante de la prueba más grande y más peligrosa porque haya pasado nunca.

Organizada definitivamente la República, la conflagración se hace más general.

Si la primera faz revolucionaria tuvo su desarrollo y complemento en unos pocos años, no ha sucedido lo mismo con la segunda.

Esa lucha dura aún en algunas Repúblicas, aunque á decir verdad en otras, como en la Argentina, el Uruguay, Venezuela y México, la reacción parece que está definitivamente vencida.

Como no me propongo escribir la historia de nuestra revolución, ni estudiarla en todos sus detalles, sino hacer resaltar la razón filosófica de ella, me permitireis que condense á breves rasgos sus principales acontecimientos.

Cuatro jornadas bien delineadas tiene nuestra historia política.

Es la primera la década de 1820 á 1830; la segunda el espacio comprendido entre este último año y 1871; la tercera, la que por antono-

másia llamamos la revolución, que consiste en los catorce años que se inauguran con el espléndido triunfo de 1871 y terminan con la catástrofe de Chalchuapa; y por último, los dos años que han corrido desde ese amargo dia hasta la fecha.

1829 es la época de nuestra *vieja Patria.* Significa la llevada á la práctica de los hermosos principios de la Constitución del año 24: significa el triunfo de la idea federal, y la igualdad de derechos de los Estados sobre la dominación de Guatemala y las ambiciones de lo que se ha llamado la nobleza. Significa la iniciación de Centro-América en los principios del Derecho moderno. Significa una época de reconstrucción que desgraciadamente no pudo llevarse á buen término.

La adopción del código de Livingston; el juicio por jurados; el método Lancasteriano para la enseñanza primaria; la fundación de la Academia de estudios; la arriada de la bandera española del castillo de Omoa, enarbolada á nombre de la reivindicación; la supresión del diezmo; el primer ensayo de colonización extrangera en "Boca Nueva," departamento de Verapaz, cuya colonia se conoció con el nombre de Abotts-Ville; y por último el establecimiento del matrimonio como un contrato civil, son los trabajos de esa época memorable.

Pareciera por la enumeración sumaria que he hecho, que esas conquistas se hubiesen obtenido pacíficamente.

Por desgracia no es así. Fué esa nuestra edad más tempestuosa y sangrienta. Es cierto que la Independencia no nos costó una sola gota de sangre, pero en cambio la hemos derramado á torrentes en nuestros primeros años de vida propia.

143 acciones de guerra se han librado en los campos centro-americanos desde 1821 hasta 1842; acciones reñidas en que el número de muertos ha superado al de heridos pues hubo 7088 de los primeros y los segundos llegaron á 1735.

¡Tan caras pues, han sido para nosotros las luchas por la libertad!

1840 y los 30 años que le siguen bien sabeis lo que significan. Significa esa época no un período de indecisión sino un sistema franco de contra revolución reaccionaria, organizada y fortificada con el apoyo de la clerecía.

Ved sinó sus obras: Guatemala declara disuelto el pacto Federal en 1839 y los años subsiguientes se emplean en una obra nefanda y tenebrosa. La enseñanza se transforma de laica en clerical; Guatemala celebra un Concordato con la Curia Romana que roba todas las libertades á sus hijos. La Academia de estudios ya no existe, pues se han restablecido los estatutos de la Pontificia Universidad acordados por Car-

los II. El Código de las siete partidas vuelve á ser nuestro cuerpo de leyes, olvidándose ó no queriendo comprender los inmensos progresos hechos en la materia. El Derecho canónico sobrepuesto al Derecho civil. El diezmo y las primicias sancionadas otra vez como contribuciones obligatorias. La palabra libertad proscrita del vocabulario oficial. El pueblo en fin, considerado como una clase inferior explotable, digno cuando más del desprecio y conmiseración de sus Señores.

Nada diré de la vuelta de los obispos y de la restauración de los conventos y de los frailes; nada de aquella oscura y sombría noche en que Guatemala aislada del concierto del mundo más que un pueblo libre parecía una colonia mística subyugada á las influencias morales de Roma, ¡que tal es el bello ideal de los conservadores de Guatemala!

El país estaba reconstruido. Tal fué la Guatemala que los frailes hicieron, que de religiosa se convirtió en aristocrática y militar, haciéndose por último absoluta para gastarse más pronto y morir.

Encontrándose fuerte, confió en sí misma. Porque se aislaba, creia crecer, pero el vacío se hizo al rededor de ella y la sociedad se le escapó de las manos.

Creyó que el orden y que el poder consistían en una concentración dura y violenta, y fué víctima de esta concepción del pasado impropia para nuestra época.

El castigo se hizo esperar largo tiempo, pero al fin llegó.

Rujen en las profundidades las primeras ráfagas de ese viento impetuoso que una vez desencadenado, echa por tierra los imperios.

Así como en los días tempestuosos de nuestros trópicos, el desasosiego se apodera de los espíritus, respirándose el aire ozonisado que es efecto de la tormenta, así hubo entre nosotros una época de esperanzas, alegrias y desfallecimientos.

¡Oh dias por siempre memorables, santos dias!

Señores: hemos llegado á uno de los períodos más interesantes de nuestra historia patria.

Estamos á las puertas de 1871.

Algunos ángeles enlutados custodian la entrada y con un dedo en los labios nos imponen silencio.

¿Atravesaremos esos umbrales? ¿Tendremos valor bastante para lanzarnos á ese abismo en donde yacen los despojos de la sociedad de ayer y en el que se oyen los lamentos de los que cayeron por defenderla?

¿Y por qué nó?

La luz del patriotismo guiará nuestros pasos.

Leed la santa palabra que una mano misteriosa ha escrito sobre esa misma puerta, con letras refulgentes: ESPERANZA.

Sin la esperanza ¿qué podrían hacer los pueblos? Si faltase en los momentos angustiosos todo sería perdido para ellos.

La esperanza es la que nos ha fortalecido y fortalecerá para creer que al fin hemos llegado á donde quisimos, y que los enemigos de la libertad no prevalecerán sobre nosotros.

¿Qué es lo que se han propuesto y han logrado los hombres de 1871?

Pronunciar un juicio definitivo y sin apelación sobre las cosas del pasado cuyos abusos saltaban á la vista de todos. Crear una sociedad nueva y dar una forma regular á la regeneración de Guatemala.

Enumerar siquiera á grandes rasgos los trabajos jigantescos que se tuvieron que emprender para llevar á término esa grande obra, sería asunto largo. Vosotros conoceis bien lo que se ha hecho, y baste á mi propósito decir que la hoz revolucionaria ha pasado por todas partes.

El vasto edificio del pasado se ha hundido para siempre.

En el orden civil grandes resultados se han alcanzado definitivamente y en el orden político y moral, las conquistas no son menos fecundas. Las clases privilegiadas han perdido su razón de ser. La dirección científica y moral, ha pasado á manos de los pensadores laicos.

¿Cómo los sucesos han correspondido á los esfuerzos?

Pues ellos dicen que los trabajos fueron grandes pero precipitados muchas veces.

Se nos acusa á los que pertenecemos al partido liberal avanzado, de estar ciegos por la figura del hombre que mas parte tomó en la reconstrucción social.

Se nos dice que endiosamos su memoria y que tratamos de disculpar sus faltas.

Como si fuese posible disculpar esas faltas, que fueron grandes, así como negar sus grandísimos merecimientos.

No ha llegado la hora de decir la última palabra sobre la revolución cuyos hechos están aún palpitantes, y menos de juzgar una figura histórica tan ensalsada un día, al siguiente tan escarnecida.

Baste decir que ha habido de parte de la fuerza, como de los caídos de 1871 pasiones, errores é ilusiones que nos han conducido á donde nos condujeron.

¿Y podía ser de otro modo? Yo no lo creo. Los cambios que llevó á cabo la revolución fueron considerables y las cosas que tuvo que destruir estaban bastante enraizadas.

Muchas veces los hombres encargados del papel de la reforma se excedieron á sí mismos.

Llenos de desprecio por el pasado les urgía avanzarse al porvenir, y quisieron llenar en un momento todas las ambiciones que ardían en su alma en provecho de la patria.

Las nociones de la libertad y el derecho que en si mismas son tan espléndidas se vieron por un instante olvidadas, y ha sucedido á nuestros hombres lo que ha pasado en todas las grandes revoluciones, que fanatizados por su ideal, han querido realizar á cualquier precio, aun al precio de un mal transitorio y parcial, la Suprema justicia.

Sucede en las épocas de crisis y de rèvolución que algunos hombres se sienten poseídos del papel de vengadores.

Condensando en su alma los dolores de las generaciones del pasado, recordando sus lágrimas y sus martirios, se les llena el corazón de iras patrióticas, y ¡ay de los que se opongan á la realización de sus designios!

Indudablemente se han cometido injusticias y tiene nuestra revolución cosas dignas de censura.

Que el mal queda á cargo de los hombres, y que, cada uno sea responsable de sus acciones, pero no por eso se quiera desvirtuar la revolución, por que ella es un hecho, ella está cumplida, vive y palpita en todos los corazones, es imperecedera y no hay hombre, ni corporación, ni partido alguno que pueda detenerla en su marcha triunfadora.

Abrid paso á la revolución Señores.

Lo que ha sucedido entre nosotros en estos dos últimos años, no es un fenómeno especial, que se salga de las leyes de la revolución americana. Hablando de ella el sabio publicista Lastarria dice las siguientes palabras que cito íntegras porque fotografian admirablemente á ciertos hombres:

"En Francia y en todos los pueblos que obedecen á su impulso, el es- "píritu retrógrado ha recurrido á la mentira y á la hipocresía para "triunfar. Encarnado allí el sistema de la fuerza en las instituciones, y "apoyada en el sentimiento y en los intereses egoistas de la sociedad, "ha adoptado el arbitrio de fingir que acepta todas las influencias que la "verdad y la justicia han conquistado en el desarrollo de la civilzación "moderna. Ya no proclama ni la esclavitud del espíritu, ni la domina- "ción del hombre y la sociedad, como en España y en Roma. Sus parti- "darios los retrógados, se disfrazan en Francia con todos los atavíos del "progreso moral; y á nombre del Derecho y la Democracia pretenden "defender su poder y sus medios de dominación."

"Ya no hay retrógrado que no combata á nombre de la libertad: eso "sí, ellos se dicen los depositarios de la verdad absoluta, y solo quieren "libertad para la verdad que ellos dictan y para los que la creen."

"De allí nos viene la moda, y los retrógrados de América se apresu-"ran á seguir la senda de los de Francia, para producir tambien en nues-"tras nacientes sociedades el caos al rededor del progreso moral, y ex-"traviar en su provecho las conquistas de la verdad. Aquí tambien se "invoca la libertad para destruir la libertad: se apellida el derecho pa-"ra favorecer el imperio absoluto sobre la razón y derecho: se acla-"ma la democracia para desviar á las Repúblicas del Gobierno de sí "mismas."

Señores, es que acaso tengo necesidad de hacer aplicación de estas ideas á la conducta política de los hombres que hoy tan rudamente nos combaten?

¿No está su conducta estereotipada en los párrafos que acabo de citar?

Necesito agregar una palabra mas, para hacer comprender el riesgo en que se han visto hace pocos meses nuestras instituciones y los que correrían si tuviésemos nosotros un momento de dudas y vacilaciones?

Tal es el estado de las cosas sobre las que yó, humilde obrero de la revolución, sin otros títulos que los que tiene todo hombre para emitir libremente sus pensamientos, me he atrevido á lanzar los mios, severos algunas veces pero siempre imparciales.

He puesto el oído sobre el corazón de mi patria y he sentido sus latidos: ellos me dicen que la hora que corre es suprema, porque hay en el aire un espíritu de reacción ciego, que empequeñece las almas y falsea ó pretende falsear nuestros gloriosos principios.

La revolución que viene conmoviendo la República desde 1871 está lejos de haber terminado. Verdad es que una nueva sociedad ha surgido de aquel glorioso año y que la lucha presente encuentra á los hombres iluminados con bellas y resplandecientes ideas.

La sociedad de hoy no es aquella sociedad de 71, raquítica, enfermisa, devota, aristocrática, atacada del mal del misticismo. La sociedad de 1887 es mas viril, despreocupada y espansiva y cuenta con el porvenir, por que la juventud está á su lado dispuesta á combatir contra el monstruo del retroceso.

Ya la habeis visto iniciando su vida pública con el martirio, é inmolándose patrióticamente en la hora del conflicto.

Porque bien sabeis Señores, que hubo una hora en que los corazo-

nes desfallecían de angustia al ver que nuestras bellas conquistas estaban prontas á perecer.

Recordad los que amais á vuestra patria, las noches de insomnios y amarguras porque habeis pasado al ver peligrar estas caras instituciones, tanto mas caras cuanto que estan amasadas con nuestras lágrimas: recordad los estremecimientos dolorosos de vuestro corazón, las iras patrióticas que nos iban devorando las entrañas al ver que los altos principios que foran nuestro credo politico, á cuya consecución hemos consagrado nuestro porvenir y nuestra tranquilidad parecian amenazados de muerte.

El éco del clarín victorioso de la reacción repercutía por todos los ambitos de la República.

Sus legiones arma al brazo se aprestaban á la obra demoledora. Los mas osados de entre ellos se atrevían ya contra algunas de nuestras instituciones. Los precavidos y timoratos se pasaban al opuesto campo con bagajes y todo. Los espiritus indecisos llegaron á cubrirse el cuerpo con el saco de ceniza, no para llorar la muerte de la libertad que ellos se figuraban perdida, sino para hacer una penitencia hipócrita por el mentiroso culto que en tiempos de bonanza le habían rendido.

Hombres de poca fé: ¿ignoraban acaso que la libertad es imperecedera?

Qué, nuestra patria que es noble y valerosa. habia de caer de la altura á que se ha elevado, habia de renegar de su obra, habia de desalentarse, despues de haber sufrido y padecido tanto?

Yo no lo creo, no lo creis vosotros, no lo ha creido el pueblo de Guatemala.

Y tan no lo ha creido, que aquí nos teneis congregados á los que estamos decididos á combatir por nuestra fé política, enarbolando con brazo firme la bandera de la revolución y á sostener con fé inquebrantable sus gloriosos principios.

Si ellos son verdaderos, como no lo dudo que son, deben triunfar á despecho de todas las reacciones.

¿Cuál será el medio para lograrlo?

Uno bien sencillo y bien simpático.

Legalicemos la revolución que se ha cumplido en las ideas, en las costumbres y consagremos ese hecho en la historia.

Que todos y cada uno hagan la disección de sus creencias, que escudriñen con la mano puesta en el pecho lo que mas convenga en beneficio del pais, y no haya temor, que el porvenir será nuestro.

Señores: La idea liberal triunfa hoy en todo el mundo, porque es el verbo del siglo, la hija del 89, la que lleva en sus entrañas el porvenir.

La tradición por el contrario está herida de muerte.

Conoceis sin duda muchos de vosotros la estatua del gladiador moribundo,que es una joya escultórica del arte moderno. Aquel hombre que tantos triunfos supo alcanzar yace en tierra dominado pero nó vencido moralmente Siente que la vida se le escapa, y quiere detener su sangre que le sale del pecho á borbotones; tiene inclinada la cabeza, no se sabe si de angustia ó desesperación, se vé que sus carnes palpitan y que en cada fibra de aquellos músculos hubo fuerzas para abatir á sus adversarios.

Así es la tradición.

La vemos hoy dia aniquilida y moribunda. Asistimos á sus últimas palpitaciones. Quisiera levantarse de su lecho, mas no puede; sus miembros desfallecen y en sus ánsias de muerte exhala gritos despechados que causan congoja á sus hijos que asisten á aquel cruel espectáculo y que ven con dolor que no tiene remedio.

¿Quién es el que ha vencido al Atleta?

¿Quién es el David de este nuevo Goliat?

El Derecho, que ha improvisado sus armas, pero que ha sabido dar golpe certero. El Derecho, jóven robusto que tuvo fé en su destino, y cuya alma está llena de afirmaciones y esperanzas. El Derecho, que ha formado séquito y que todos nosotros debemos reconocer como campeon.

Señores; bastante he abusado de vuestra indulgencia: voy á concluir.

Diviso en lontananza la luz de una nueva aurora que clarea: saludemosla regocijados.

Que los que tengan fé nos sigan en nuestra obra patriótica, sin temor de que nos desviemos de los derroteros de la libertad.

Depongamos la piqueta que el pueblo en su cólera sublime empleó por tantos años, y entreguémonos de lleno á la obra de la reconstrución social.

Tenemos los materiales acopiados, y nos ha tocado la suerte de ser los constructores del edificio definitivo de la libertad.

Seamos entusiastas por el progreso y jamás lo escluyamos de nuestro programa; pero antes que todo y sobre todo consagrémonos al hombre, al ciudadano.

Que nuestro anhelo principal se dirija á la instrucción del pueblo. Si el pueblo es instruido no tenemos porqué temer las luchas.

Todos ó la mayor parte de los que aqui nos hallamos reunidos he-

mos puesto nuestro contingente material ó moral para derribar las antiguas instituciones.

No desmayemos por mas que falte mucho para completar nuestro trabajo.

El liberalismo triunfante, si quiere revindicarse ante la historia, debe aspirar á constituir al pueblo. Y cuando el *pueblo* exista cantemos el himno de la victoria que entónces sí será nuestro triunfo definitivo y completo.

Descendamos hasta el fondo de las últimas capas sociales, y digamos á ese pobre Lázaro que se levante. Llenemos nuestra alma de esperanzas y con ellas soliviantemos al pueblo de su lecho de agonía en que ha vivido hasta hoy.

El fanatismo solo hiere en la sombra; si logramos hacer luz en la conciencia de las muchedumbres, ese salteador nocturno huirá, y entonces no tendremos necesidad de la lucha y de la violencia que al fin fatigan.

Las reacciones podrán destruir ferrocarriles y telégrafos, suprimir escuelas, perseguir encarnizadamente á los que profesamos la idea liberal y convertirse en nuestros victimarios; pero si el pueblo existe no solo no podrán destruir ni cometer mas injusticias, sino que sus triunfos serán efímeros, dado caso que sean posibles.

Proclamemos en voz muy alta nuestro profundo respeto á la personalidad humana. Pongamos por condición para pertenecer á nuestras filas el ser probo, el ser justo, el ser patriota; y habremos asegurado la vida de nuestro partido y su imperecedera gloria.

Quiero hacer mias para concluir las palabras que el historiador Alemán Scherr dirige á la Germania:

"¡Que nuestro pueblo avance confiado hácia sus futuros destinos, justo en sus acciones, firme en su derecho, fuerte en su defensa, moderado en la fortuna, animoso en la adversidad, y llegue en breve al perfeccionamiento de su unidad la paz y la libertad"!

Salud patria Centro Americana.

Salud! hermoso Sol de nuestra independencia.